

¿Excitantes o simplemente drogas?

Un texto de Balzac*

Para el hombre social, vivir es desgastarse más o menos rápido.

Para absorber, reabsorber, descomponer, asimilar, devolver o recrear cualquier substancia, operaciones todas que constituyen el mecanismo de todo placer sin excepción, el hombre envía su fuerza, o parte de ella, a aquél o aquéllos de sus órganos que son los ministros del placer elegido.

La naturaleza quiere que todos los órganos participen de la vida en iguales proporciones; mientras la sociedad desarrolla en los hombres una especie de sed por este o aquel placer, cuya satisfacción requiere de este a aquel órgano más fuerza de la que puede proporcionar, y a veces hasta toda la fuerza (...). Esta es la causa de las enfermedades y, en definitiva, de la abreviación de la vida (...). Concentrad la vida en el cerebro mediante trabajos intelectuales constantes, y la fuerza se desplegará allí, tensando las membranas delicadas y enriqueciendo la pulpa; ahora; bien, abandonará de tal manera las partes inferiores, que el hombre de genio contraerá la enfermedad que, en términos decentes, la medicina llama frigidez. Por el contrario, si transcurre vuestra vida al pie de los divanes habitados por mujeres encantadoras, si os enamoráis intrépidamente, os convertiréis en un fraile exclaustado (...). Cuando lleva intensamente a la vez la vida intelectual y la vida amorosa, el hombre de genio sucumbe como sucumbieron Rafael y Lord Byron. Si es casto, morirá por exceso de trabajo, igual que por el exceso sexual; pero este tipo de muerte ocurre muy pocas veces. El exceso de tabaco, de café, de opio y de aguardiente producen graves disturbios y llevan a una muerte precoz. El órgano, continuamente irritado, continuamente alimentado, se hipertrofia: adquiere un volumen anormal, sufre y deteriora la máquina, que acaba por sucumbir.

Cada uno es dueño de sí mismo según la ley moderna; pero si los elegidos y los proletarios que leen estas páginas creen que no hacen daño más que a sí mismos al fumar como turcos o al beber como condenados, se equivocan mucho; adulteran la raza, bastardizan la generación y arruinan a países enteros. Una generación no tiene el derecho de debilitar a la otra (...).

El destino de un pueblo depende de su alimentación y de su régimen. Los cereales han creado pueblos de artistas. El aguardiente ha exterminado las razas indias. Llamo a Rusia una autocracia sostenida por el alcohol. ¿Quién sabe si el abuso del chocolate no tuvo algo que ver con el envilecimiento de la nación española que en el momento del descubrimiento del chocolate estaba a punto de volver a empezar un imperio romano? El tabaco ha hecho ya estragos entre los turcos y los holandeses, y empieza a amenazar a los alemanes. Ninguno de nuestros hombres de Estado, en general más preocupados por velar por sí mismos que por la cosa pública, a menos que consideremos sus vanidades, sus amantes y su capital como cosas públicas, sabe a dónde irá a parar Francia con sus excesos de tabaco, con el uso del azúcar, de la patata en sustitución del trigo, del aguardiente, etc. (...).

El gobierno inglés condenó a muerte a tres individuos a quienes brindaron la posibilidad, o bien de ser colgados según la costumbre en aquel país, o bien de vivir exclusivamente el uno de té, el otro de café y el otro de chocolate, sin ingerir ningún otro alimento ni cualquier otro líquido. Pues bien, los muy chuscos aceptaron. Quizá cualquier otro condenado a muerte habría hecho lo mismo. Como cada alimento ofrecía más o menos las mismas posibilidades, lo echaron a suertes.

El hombre que vivió de chocolate murió ocho meses después.

El hombre que vivió de café duró dos años.

El hombre que vivió de té tardó tres años en morir.

Sospecho que la Compañía de las Indias haya solicitado la experiencia en interés de su comercio.

El hombre del chocolate murió en un horrible estado de podredumbre, devorado por los gusanos. Sus miembros cayeron uno a uno, como los de la monarquía española.

El hombre del café murió quemado, como si el fuego de Gomorra le hubiera calcinado. Se habría podido hacer cal con su cuerpo. Alguien lo propuso, pero la experiencia pareció contraria a la inmortalidad del alma.

El hombre del té se puso delgado y casi diáfano, murió de consunción, en estado de linterna; podía verse a través de su cuerpo; un filántropo pudo leer el <<Times>> gracias a una luz colocada detrás de su cuerpo. La decadencia inglesa no permitió otro exceso más original.»

Más adelante, y tras pasar revista a los efectos del aguardiente, Balzac describe los del café contando su propia experiencia:

«Descubrí un método horrible y cruel, que no aconsejo más que a hombres muy resistentes, de pelo negro y duro, con una piel color ocre rojizo, con las manos cuadradas, con las piernas en forma de balastrada como la de la plaza Luis XV. Se trata del empleo del café molido, comprimido, frío y anhidro, ingerido en ayunas. Este café cae en el estómago, que, como bien dice Brillat-Savarin, es un saco aterciopelado por dentro y tapizado de alvéolos chupadores y papilas; el café lo encuentra vacío, ataca ese forro delicado y voluptuoso, se convierte en una especie de alimento que requiere sus jugos; los exprime, los solicita como una pitonisa clama a su dios, maltrata esas hermosas paredes como un carretero que brutaliza a sus caballos; los plexos se inflaman, quemar y lanzan sus chispas hasta el cerebro. A partir de entonces, todo se agita: las ideas se tambalean como batallones de un gran ejército en el campo de batalla, y se libra la batalla. Los recuerdos vuelven a paso de carga, con los pendones desplegados; la caballería ligera de las comparaciones se despliega en espléndido galope; la artillería de la lógica acude con sus carros y saquetes; las ocurrencias llegan en tromba; se alzan figuras; el papel se llena de tinta, pues empieza el desvelo que terminará en torrentes de agua oscura, como la batalla en pólvora negra. Aconsejé esta bebida, tomada de esta manera, a uno de mis amigos, que quería absolutamente terminar un trabajo para el día siguiente: creyó que se había envenenado, se puso en la cama, y en ella se quedó como una recién casada. Era alto, rubio, con pelo escaso, un estómago de papel, de paredes finas. Pequé por falta de observación.»

En su capítulo sobre el tabaco dice:

<<Entre el pan y el tabaco de fumar, el pobre no vacila; el joven sin un duro, que apura sus botas en el asfalto de los bulevares, y cuya pobreza suele perseguirle día y noche, imita al pobre; el bandido corso, que se oculta en las inaccesibles rocas o en las playas a las que puede controlar con su vigilante mirada, se brinda a liquidar a su enemigo por una libra de tabaco. Hombres muy influyentes confiesan que el puro les consuela en la adversidad. Entre la mujer adorada y el puro, ¡un dandy no vacilaría más en dejarla que el presidiario en volver a su presidio si en él se repartiera tabaco a discreción!>>

** Fragmentos pertenecientes al "Tratado de los excitantes modernos" de Honorato de Balzac (1799 - 1850) recogidos, junto a otros tres ensayos del mismo autor, en la obra "Dime cómo andas, te drogas, vistes y comes... y te diré quien eres", Ed. Tusquets, Barcelona 1980.*